

## EL ESPERANZADO DESBARAJUSTE DE CORTÁZAR

**D**ECIR que el mundo es "una inmensa burrada", supone en primer lugar que se haya anteriormente concebido y esperado, o encontrado y perdido, un mundo armonioso y feliz al que se toma consciente o inconscientemente como referencia. Ese mundo implícito no puede ser, obviamente, sino el de la infancia, el "verdadero paradís" de cuya fascinación Rimbaud no pudiera salir nunca. Y así es que nacen, por contraste, todos los desacostumbrados e insatisfacciones, la idea del no-ser y la de la apariencia, el descreer de lo inmediato, la descalificación de este —único— mundo de que disponemos, por no encontrar en él aquello que, absortos en la experiencia inocente e impune de la infancia, suponemos debe contener nuestra experiencia actual como esencia más o menos accesible.

Cortázar es un caso clavado de esa clase de indocta añoranza, así como de la muy docta esperanza que se le deriva necesariamente. Apunta en efecto a un paraíso o cielo de cuya deseable posibilidad no duda. llámelo "centro", "Madres", o "verdad", pero desestima y anula de paso todo itinerario y todo viático. Escribe en plena marcha atrás, en la etapa —que piensa previa— de la destrucción, con una fe diferida, pero férrea, en un posterior estar que no puede concebir sino como definitivo, aunque bastante removido por ahora. Es un escritor, o un des-escritor, de abundantes y admirables recursos. Pero tiene la desgracia de escribirnos desde su no-estar. Y si algo tenemos que hacer entonces quienes lo consideramos críticamente, es poner en evidencia su provisoriedad, la condición estrictamente relativa de su descreimiento. Fe, en efecto, le sobra (¿quién, si es hombre y vive, no la tiene?), pero debe reelaborarla sirviéndose de un formidable arsenal de escombros y cartón pintado. El "universo" por él cuestionado es el que resulta luego de pasar a través del hombre, de sus palabras, de su arte, de su moral, de su existencia misma. Lo cuestionado es el universo tal como se usa, y no tal como "es". Su angustia no es por lo tanto metafísica; al contrario, cree íntimamente, casi se diría que con ingenua entrega, en la inmanencia de una incuestionable trascendencia. "Lo verdadero" aparece así mencionado como al descuido (como cuando alude, por ejemplo, a la "verdadera historia de la verdadera humanidad"), como algo fuera de cuestión, al cabo o en medio de sus frases; en las que todo resulta conmovido menos esa roca que acaricia al pasar, que no entra en sus farsas ni en sus especulaciones. Si rezonga, si insulta, si escupe y descalifica todo lo que habla y escribe, es porque mantiene como inalterable referencia esa firmísima, añorada verdad ante la cual todo lo demás es viscosidad y falacia. No se siente capaz de postular "expresamente" esa inocencia; la anuncia pero no la enuncia; y es que no puede ser para él sino nostalgia transferida al futuro, y tácita, aunque muy difícilmente concretable, posibilidad. Creer, así, se le convierte necesariamente en imprecación e ironía. Y como no podría aceptar recontrarse consigo mismo sin antes perderse minuciosamente (en cuanto mero detentor de mañas cultu-

rales que se le inculcaran traicioneramente), se rebela furiosamente contra su propia rebeldía, a cada "sí" que se le insinúa le contraponen ipso facto un inclemente "no", o lo esquivaba mediante una pirueta que, a su vez, da lugar a otra pirueta, hasta desbaratar todo en una inasible, insondable gratuidad. Está lejos, sin embargo, de lograr, ni de querer lograr, ninguna clase de nudaificación. Nuestro peor error sería suponer que el autor se complace en un fútil juego de negaciones a la marchanta. Todo es muy serio, un serio enjuiciamiento de toda seriedad. La vigilancia contra toda "seriedad" es permanente, indeclinable. Y como debe vigilarse a sí misma (no vaya a ser que se anquilese a su vez en una especie segunda de seriedad), y como debe, todavía, vigilar esa vigilancia de su vigilancia, y así hasta el infinito, su obra (o su anti-obra) se convierte en una sucesiva autodestrucción, en un borrar o horronear continuo de la palabra, apenas amenaza organizarse o estabilizarse. El peor, el más vergonzoso de sus fracasos, sería para él desembocar en un simulacro de esa "realidad" interhumana, universal, con la que sueña (en un sueño sin sueños), y de la que no puede admitir ninguna clase de imitación. Su tortura es creer tan intensamente en el centro invulnerable de todo, que no puede creer particularmente en nada. Su escritura es así un desparramo general, del que ni él mismo se escapa. Por eso declamamos que su acusado no es el mundo, sino la versión del mundo confeccionada por el hombre. Lo pernicioso es lo que el hombre hace y dice, o mejor dicho lo que deshace y contradice. Y como él también es después de todo un hombre, sabe que el enemigo lo lleva adentro, y huye así despavorido de sí mismo, de la lata que le ataron a la cola. Pone entonces desesperadamente todo del revés, las palabras, sus significados y sus no-significados, inventa lenguajes, meta-lenguajes, para-lenguajes y anti-lenguajes. Y sueña con ir a parar, al fin, a través de toda esa ruina, al paraíso recontrado de la coexistencia universal, en donde todo se combina en estructuras incuestionables, en el ultra reconfortante puzzle de una Unidad definitiva. Resulta por lo menos extemporáneo —ya que no puede pensarse en falta de memoria— un afán cuyo objeto, tal como lo dejamos expresado, consiste en volver al fin de cuentas a Jenófanes y a Anaximandro, al muy antiguo reconocimiento de algo que es, y de lo mucho que no es, y a proclamar que ese algo es todo y que ese mucho es nada. También para Platón el mundo visible e inmediato era una "inmensa burrada". Pero tal vez la inmensa burrada (inmensa por todo lo que abarca) es haberlo dicho, haber visto todo sin ver el Todo en ese todo, perder de vista lo que está a la vista, lo único, insustituible e inadjetivable, eso que no puede ser llamado ni bueno ni malo, ni burrada ni genialidad, eso que simplemente es y ante lo cual sólo podemos afirmar que es.

**P**ARA ser leales con Cortázar, digamos que no cree solamente en ese centro casi elétrico, sino también en algunos premonitorios cabos sueltos, en sensaciones reveladoras de alguna presencia real, de alguien, por ejemplo, que ríe en un velorio, la promesa restauradora del contrasentido, de la fisura propicia. Pero en Cortázar esas complacencias son apenas algo más que desfogos. Dispone así con deliberada desaprensión de todo lo que cae entre sus manos, como para no armar demasiado escombros con lo que, según siente, es pura falsificación. Si esos momentáneos metejes arraigan en efecto en su más honda fe, si en ellos, o a través de ellos, "toca el mundo", ¿qué más podría entonces querer? ¿a qué gastar pólvora en chimangos? Es lo que cabe advertir a quien revela a cada paso su superpolifaceta da inteligencia. Porque si bien eso de brincar es hoy una de las maneras más cotizadas de hacerse ver, a Cortázar, evidentemente, no le queda bien. Dados sus propios supuestos, su ruta de la tierra al cielo se vería facilitada (y dignificada, aunque la dignidad es cua-

lidad que no parece interesarle, por una ironía más dueña de sí, un humorismo en cierto modo mark twainiano, o ya que cada uno es cada uno, un humorismo más depuradamente cortázariano, sin tantos pases al arquero, para atrás, o tanto dribling para las tribunas. Tal vez le rendiría menos a corto plazo, pero quedaría más cerca entonces de ese antecesor adánico que constituye su no expresa obsesión. Prefiere en cambio, como método, "la ironía, la autocrítica incesante, la incongruencia, la imaginación al servicio de nadie", renegando para ello de la literatura en todas sus modalidades consagradas. Si deja crecer así su informulada esperanza, es luego de quitarle todos los nombres y posibles justificaciones; es la suya una esperanza sin ficha acumulativa, a partir de cero. No quiere decir nada, sino que algo se diga en él, o a través de él. No quiere lógica, sintaxis, sicología, ninguna clase de echerencia estética o racional. Ahora el hecho bruto, y como todos los accesos están bloqueados por respetables sistemas expresivos, pertinaces sedimentos lingüísticos y falsas claridades, su único recurso es hacerse el loco ("una actitud demoníaca"), ir al choque, buscar la ruptura, la irrisión y el escándalo; no al modo superrealista, mera "liberación verbal" (según Cortázar) que parte aun de la palabra, sino usando el lenguaje "como quien usa fósforos", un lenguaje calcado sencillamente de las cosas, si lo hay. Quiere ir "del Ser al verbo", y no "del verbo al Ser"; re-vivir, y no re-animar. Necesita para ello partir de lo que llama "una intuición central", arrasando lo literario, masculinizando al lector; encontrar un ritmo, no un pensamiento, inscribirse en una "figura" que lo englobe todo, porque "nadie se salva solo". Intenta (no puede hacer otra cosa) hacer saltar una tras otra toda resistencia, y lo que consigue es dejar este viejo mundo como un queso gruyère. Se ve obligado a usar en tal empresa de todas las habilidades del contrario, desautorizarlas una a una, lo que consume —hay que reconocerlo— con insuperable oficio, con una ironía demoníaca que no puede dejar incluso de utilizar contra sí mismo. Amplia el lenguaje anexándole su propia negación, así como el matemático ha ido ampliando el campo de sus números con esas aparentes aberraciones que fueron sucesivamente el número negativo, el número irracional y el número imaginario. Su lenguaje aspira también a incorporarse lo negativo, lo irracional y lo imaginario. Pero asume ese ultra-lenguaje sólo como un preparativo. En esa total devastación no reinará el final silencio de Rimbaud, ni el supremo libro en blanco de Mallarmé, ni el impoluto cuadrado de Malevitch, distintas maneras de colorear vejigas, según denuncia Cortázar. Seguirá entonces farfullando, con las

irruptivas reacciones de su Oliveira, o con las más escogidas posturas de Morelli, a la espera de esa "intuición demorosa" que habrá de sacarlo de su voluntaria abyección. Entretanto nos sirve, en "Rayuela" una inmensa olla podrida —incongruencias, de farsas y exabruptos. Busca con ello desacostumbrados, destruir nuestras confianzas y nuestras sensateces, situarnos en esa actitud de suicida con que accorrala finalmente a Oliveira. Nos niega el mundo, y nos promete en cambio el universo. Recuerda en el interin y por principio, toda alegría cotidiana. Toda solidaridad con el goce inmediato no sería por lo tanto sino un capítulo de la estupidez.

He aquí pues, de qué manera Cortázar se reconcilia con la lógica, prospecta por convicción, pero dominando como en pocos escritores el desarrollo de la obra. Una vez destruido todo, en efecto, la salvación sería prácticamente —lógicamente— un bollo (sea dicho, a lo Cortázar, sin la menor "solamidad"). Debe para ello desvalorizar tanto el sujeto como el predicado de la apuesta pascaliana; en lugar de "Dios existe", proclama así que "este mundo no existe". Encuentra más expeditivo, en lugar de afirmar el más allá, negar el acá, procedimiento por el absurdo de donde extrae ánimo para pegar el salto (ese salto que insinúa materializarse en las últimas páginas de "Rayuela"). Su sentido de lo religioso, aunque indesplazable, es demasiado vago como para que no predomine en él su intensa y atrevida conciencia mundanal. Pero lo interesante, lo decisivo del salto, es siempre la solidez del punto de llegada, y no la precariedad del punto de partida; es en función de esa llegada que habrá de vivirse —o des-vivirse— todo punto de partida. Y sea cual fuere nuestra pre-visión o pre-sentimiento de toda posible trascendencia, ninguna sensatez metafísica podría justificar la insensatez terrenal de abandonar la presa por la sombra. Este mundo, todo lo accidental y occidental que se quiera, todo lo categorizado y falsificado que haya sido, es nuestra presa, la única de que disponemos. Ninguna clase de apuesta puede involucrarlo ni desestimar. Es una suerte sin taca ni culo. Descomunal y harto atrevida empresa parece entonces la de minar todo cuanto ahora somos, por una eventualidad de la que apenas si se adelantan sospechos indolentes. "Rayuela" está escrita desde ese borde inhabitable como el mismo en que se debate Oliveira al final de la novela. Su heroicidad está más en el gesto que en la actitud; nace más de la bronca provocada por este mundo que de un afán de amor cuya información es aun muy deficitaria. Aunque esa bronca, evidentemente, sea de las más eruditas y tocantes que se hayan oído de muchos años a esta parte.

## 2 éxitos de editorial alfa los aborígenes

por carlos martínez moreno

## quién de nosotros

por mario benedetti

librería y editorial alfa

ciudadela 1389 tel. 98 12 44

APARECIÓ:

"LENGUAJE FRONTERIZO EN OBRAS DE AUTORES URUGUAYOS"

- ELISEO SALVADOR PORTA
- AGUSTÍN RAMÓN BISIO
- JOSÉ MONEGAL

por Brenda V. de López

EN VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS

## "EL TEATRO DE LA CRUELDAD"

por

## TEATRO I

en el ODEÓN

HOY 19.30 hs.

ENTRADA LIBRE